

Los escrutinios siguientes son tanto menos dignos de mención, cuanto que los franceses habían resuelto no proponer el candidato que propiamente pretendían sacar, sino cuando hubiera llegado de Francia el cardenal Borbón (1).

El 14 de enero entró éste en el conclave, pero aun entonces se vió no ser posible reunir el número de votos necesario para ninguno de los principales candidatos de su partido, Lorena, Ridolfi o Salviati; por lo cual en primer lugar Salviati rehusó que se presentara su candidatura, y luego retiraron las suyas los otros dos (2). Por este mismo tiempo los imperiales habían trabajado con mucho ardor en pro de Morone, el cual, en la votación del 15 de enero obtuvo veinticuatro votos y dos accesos. Pero como los franceses hubieran logrado quitarle dos votos, los imperiales desesperaron de sacar su candidatura y volvieron a la de Pole.

En la general falta de consejo de aquellos días, procuró Farnese adelantar un paso señalando clara y distintamente a sus adversarios, el 19 de enero, aquellos candidatos por los cuales en ningún caso votarían los imperiales. Eran éstos de Cupis, Carafa, Salviati y Ridolfi, a los cuales había excluído Carlos V, y fuera de esto eran enemigos del emperador, y era de temer que le irritarían y precipitarían a Italia en una guerra (3). Era, pues, necesario que por lo menos se renunciara a la elección de dichos candidatos. Guisa contestó negándose rotundamente. En primer lugar

yor de Milán, fechada en Roma el 5 de enero de 1550 (*Archivo público de Milán*).

(1) Dandolo, en Brown, V, n. 618.

(2) Según lo que Farnese comunicó al mariscal de la Mark después de la elevación de Julio III, Ridolfi y Salviati (como también de Cupis) sólo en apariencia fueron propuestos como candidatos, para ganar tiempo, y entre tanto procurar para Este y asegurarle la aprobación del emperador. Ésta fué la única causa de la larga duración del conclave. Para obtener el apoyo del cardenal Farnese, el cardenal Este ofreció a Parma para Octavio Farnese, el arzobispado de Narbona y el favor del rey francés para Alejandro, y una hija del duque de Ferrara y 200000 libras para Horacio (Ribier, II, 268). También se habla otras veces de la prontitud de ánimo de los príncipes para apoyar a sus candidatos, con dispendio de grandes sumas (Petrucci, II, 33, 42, 43). Sobre tentativas de soborno por parte de Francia, vide *ibid.*, 46 s. Guisa recibió en Lyon un vale de banco para percibir en Roma grandes sumas (Ribier, II, 257; Sägmüller, Elecciones de Papa, 184, nota 2; Druffel I, 321 s., 325, 328).

(3) Si enim illi aperti Caesaris hostes ad pontificatum eveherentur, Caesarem protinus ad arma concitarent totamque perniciosissimo bello Italiam ince[n]derent (Gualterio, en Merkle, II, 100). Como quiera que sea, este motivo tenía su valor respecto de Carafa.

no podía tratar en adelante con Farnese, pues éste le había prometido votar al de Lorena y había faltado a su palabra, lo cual era indigno de un varón noble. Y si los imperiales tenían por bien excluir de la tiara a personas tan dignas, él declaraba también por su parte que los franceses no votarían jamás por Pole, Morone, Sfondrato o Carpi.

De este modo, aquella tentativa de aproximación, acabó con mayor desunión de las partes contendientes (1). Conclavistas que salieron del local del conclave a 28 y 29 de enero, refirieron unánimemente, que los cardenales confiaban en cualquier otra cosa, antes que en la elección de un Papa (2).

En la segunda mitad de enero se comenzó finalmente a pensar en las causas de la inacabable prolongación y a buscarles remedio. El 16 de enero, después de la votación, el decano cardenal de Cupis pronunció una alocución en este sentido, y principalmente reprendió la resolución, según la cual ninguno podía, sin consentimiento de su partido, declarar su acceso a la votación de un candidato (3). Carafa asintió a lo dicho por de Cupis y leyó las disposiciones de Gregorio X sobre la elección papal. Pacheco confesó que por ambas partes se había faltado, pero principalmente por los franceses, los cuales, para impedir la elección de Pole habían llegado a limitar a los suyos aun con juramento, la libertad de dar su voto y usar del derecho de acceso (4).

El 26 de enero, en lugar de la votación, que no hubiera dado ningún resultado, se celebró una congregación general de los cardenales, en la cual volvió a hablar de Cupis del malestar y abusos del conclave. Las intrigas y conventículos con que un partido trataba de estorbar al otro, habían tomado un incremento tal que hacían casi imposible la elección. Principalmente era de lamentar la consideración a los príncipes seculares, conforme a cuyo mandamiento se daba el voto a un candidato y se negaba a otro, contra el dictamen de la propia conciencia y en descrédito del Sacro Colegio. Había desaparecido la libertad del sufragio y esto era lo que debía reformarse. Otro abuso consistía en el que-

(1) Massarelli, 100.

(2) Dandolo, en Brown, V, n. 635. Vide Muzio, Lettere 142, 146.

(3) Vide Druffel, I, 331 s.

(4) Massarelli, 95 s. Según Gualterio (Merkle, II, 87), los franceses hicieron el juramento en 7 de enero, de nunca nombrar a Pole en ningún voto. Vide Druffel, I, 314.

brantamiento de la clausura y el número excesivo de los conclavistas, entre los cuales se habían introducido personas que no pertenecían al conclave. Muy especialmente era detestable el uso de que en ambos partidos se supiera antes de la votación a quién daría cada uno su voto, y que ninguno se atreviera a votar sin previo conocimiento y aprobación de los de su partido (1).

El discurso del decano halló apoyo en los cardenales. Salviati lamentó que se tuviera excesiva condescendencia con los príncipes, y Carafa añadió que si las cosas continuaban de aquella manera, acabarían los príncipes temporales por elegir un Papa prescindiendo de los cardenales, y que él preferiría esto a la inacabable dilación. Pacheco advirtió el peligro de que el concilio reclamase el derecho de elegir Papa (2). Guisa y Sfondrato hicieron notar la dificultad de una reforma, pero se acordó por unanimidad nombrar de las seis naciones representadas en el conclave otros tantos cardenales, a saber, Carafa, Borbón, Pacheco, Truchsess, de Silva y Pole, para que junto con de Cupis, Carpi, Ridolfi y el camarlengo Sforza, preparasen un decreto de reforma.

El 31 de enero se publicaron los capítulos de esta reforma (3), los cuales tiraban a dejar sin base los manejos electorales, renovando e inculcando cuanto era posible las prescripciones eclesiásticas sobre la manera de vivir en el conclave (4).

Según la ordenación de Gregorio X, estaba permitido a cada cardenal tener consigo en el conclave dos conclavistas; pero con nombre de tales se habían introducido también esta vez agentes y secretarios de los príncipes temporales, los cuales divulgaban los secretos del conclave y los descubrían a sus soberanos (5). Así se hallaban entre los conclavistas secretarios de los dos emba-

(1) Massarelli, 107; vide Gualterio, en Merkle, II, 87.

(2) De semejante temor ya se habló el 16 de diciembre de 1549 (Druffel, I, 325, 317). En París se suscitó la cuestión, de si en caso de negligencia de los cardenales, podría un concilio efectuar la elección de Papa, y se resolvió en sentido afirmativo. Carta de Renard a Carlos V, fechada el 5 de febrero de 1550, y publicada por Druffel, I, 350; vide Ribier, II, 256.

(3) Massarelli, 113 ss. Están compuestos en doble forma, y en la segunda va incluido un comentario de Massarelli, en el cual pinta éste los abusos del conclave.

(4) Lo que sigue está tomado de Massarelli, 114 ss.

(5) La comunicación con un cardenal del conclave fué prohibida por Gregorio X bajo pena de excomunión. Se eludió esta ley procurándose la comunicación por medio de conclavistas. Vide la carta de Mendoza a Carlos V, fechada el 5 de diciembre de 1549, y publicada por Druffel, I, 307.

jadores d'Urfé y Mendoza, secretarios del rey de Francia, del duque de Florencia y del virrey de Nápoles. A los cardenales en cuya firmeza no se confiaba, les habían dado los jefes de los partidos, asimismo con color de conclavistas, personas seguras, que los sostuvieran y los espieran. A éstos se agregaban todavía hermanos y parientes de los cardenales, nobles y barones, que querían ver una vez la vida interior de un conclave (1), y algunos cardenales llevaban también consigo sus propios médicos. De ahí resultaba que casi todos los cardenales tuvieran consigo cuatro, y algunos hasta ocho conclavistas, y en el conclave hubiera cerca de cuatrocientas personas (2).

Tampoco la manera de vivir en el conclave era tan sencilla y severa como lo exigía el derecho canónico, con intento de acelerar la elección todo lo posible. Para evitar el molesto encerramiento en una estrecha habitación, algunos cardenales habían ocupado los aposentos vacíos por ausencia de otros miembros del Sacro Colegio; otros habían ampliado sus celdas por medio de un vestíbulo de madera, y aun se habían abierto ventanas en el conclave. La limitación de la comida, prescrita para cuando las negociaciones electorales duraban mucho tiempo, no se observó absolutamente, antes bien se celebraban convites dignos de Lúculo (3), invitando a ellos a otros cardenales o a sus conclavistas y enviándose mutuamente riquísimos manjares.

Pero el abuso más grave de todos consistía en la falta de observancia de la clausura, con lo cual se hacía posible a los príncipes extranjeros influir sobre la elección y diferirla indefinidamente. Habíanse practicado aberturas en las paredes para tratar con los de fuera, recibir y enviar cartas. D'Urfé se gloriaba con su soberano de haber hallado camino, por medio de escaleras y por los tejados, para hablar con el cardenal de Guisa (4). Se daba a los conclavistas fácilmente permiso para

(1) Algunos nombres de agentes de príncipes y parientes de cardenales pueden verse en Massarelli, 108, 116. Había también un abisinio (Aethiops) en el conclave (ibid., 87, 126). Vide Merkle, II, Proleg., XXXVI, n. 8.

(2) Carta de Dandolo, de 15 de enero de 1550, publicada por Brown, V número 627. Sobre los médicos vide Marini, I, 392 s.

(3) ... ut Luculli mensae ... viderentur. Massarelli, 118.

(4) Ribier, II, 259. Esto mismo cuenta Bonif. Ruggieri haberse efectuado para visitar al cardenal Este. Petrucci, II, 31, 46; vide también Muzio, Lettere 120, 148.

salir del conclave con fútiles pretextos y volver a entrar en él; mas precisamente eran ellos los que revelaban traidoramente los secretos del conclave y servían de correveidile a los príncipes. Cuando Madruzzo envió a su conclavista Pagnani con un mensaje, llevaba éste ambas botas completamente llenas de cartas, de manera que con esta preocupación olvidó el escrito de su señor (1).

Por consideración a tales abusos determinaron los capítulos de reforma, que cada cardenal no podría tener más de tres conclavistas, entre los cuales podrían estar los parientes con tal que no fuesen barones con gobierno, y su médico, pero no familiares de otro cardenal. Los agentes de los príncipes y embajadores, los barones con jurisdicción o súbditos, y todos los demás que no estuvieran en la lista de los conclavistas desde el principio del conclave, habían de ser despedidos y severamente castigados si se quedaban. Para prevenir quejas justificadas, a los cuatro médicos del conclave, de los que tres eran italianos y uno alemán, se agregarían un francés y un español, y asimismo se aumentaría el número de los barberos. Se sancionó severamente toda ilícita comunicación de palabra o por escrito con los de fuera. Todos los cardenales, excepción hecha de los enfermos, debían volver a las celdas que al principio les habían señalado; habían de quitarse las construcciones añadidas a las mismas y tapiarse las ventanas que se habían abierto. Los conclavistas debían comer y dormir en la celda de su señor. Cuanto a las comidas, se observarían las prescripciones de Clemente VI, y para imposibilitar cuanto se pudiera el trato con los de fuera, se debía disponer para recibir la comida y otras cosas necesarias, un artificio como el que se suele emplear en los monasterios de monjas. Quedaban prohibidas todas las reuniones particulares, y como muchas veces se habían prolongado hasta muy entrada la noche los manejos para la elección, en lo sucesivo ningún cardenal debía salir de su celda después de las cinco de la tarde; una hora después debían recogerse también a ella los conclavistas, para lo cual ambas horas se marcarían con una señal de la campana. El permiso para entrar o salir del conclave no podría darlo más que una diputación de los cardenales. Se dieron particulares prescripciones sobre la custodia de las llaves del conclave, en el cual no podrían tenerse armas.

Al propio tiempo que esta ordenación reformatoria de las

(1) Gualterio, en Merkle, II, 81.

circunstancias interiores del conclave, se hizo otra para los prelados a quienes estaba confiada la custodia exterior, con el fin de separar el lugar de la elección de todo comercio con los de fuera. En ella es digna de mención la ordenanza sobre cerrar todas las ventanas y salidas del conclave, y de que cada dos días se reconociera el palacio apostólico para ver si en alguna parte se había practicado alguna abertura (1).

Según lo había exigido la comisión de reforma, el 5 de febrero se puso en la pared para recibir los alimentos un torno del estilo que suele haberlos en los monasterios de monjas, y no se dió desde entonces a los cardenales más que un plato para la comida. Los conclavistas sobrantes, en número de ochenta, fueron despedidos (2).

Si ya estas disposiciones reformativas descubrían la voluntad de los cardenales de llegar finalmente a la elección, esta buena voluntad no podía dejar de confirmarse con la experiencia que uno y otro partido adquirirían casi por aquellos mismos días en sus intrigas electorales.

En la segunda mitad de enero tenía las mayores probabilidades de alcanzar la tiara el cardenal Ridolfi, el cual había tenido que ausentarse del conclave por enfermo, y se creía seguro que volvería al conclave Papa (3). Pero habiendo fallecido a 31 de enero (4), los ojos de los franceses se volvieron a aquel varón, a quien ya antes del conclave miraban muchos como futuro Pontífice, y cuya candidatura se volvía a proponer siempre de nuevo, el cardenal

(1) Massarelli, 121 ss.

(2) Ibid. 136. Vide Firmanus, 129; Muzio, Lettere, 149. Atti d. Soc. Ligure, XLVIII (1910), 352 ss. A pesar de eso, la comunicación con los de fuera, como parece, tampoco quedó ahora del todo interrumpida. El 7 de febrero de 1550 escribe Endimión Calandra a su hermano Sabino: * Di Papa hora mai non si pensa, ne si ne ragiona, come ogni cosa viene in puoca reputatione quando va alla lunga. Li poveri r. sono serati la dentro et non si possono accordare, e come le cose si governano più di fuori che di dentro, consultandosi tutta via coi principi, si ben hanno cacciato fuori li secretarii et gli agenti, che però non sono tanto serati che non si possano mandare lettere, forza è che vadino in lungo (*Archivo Gonzaga de Mantua*).

(3) Firmanus, 113.

(4) Decía la fama que Ridolfi había sido envenenado por sus criados, a los que Mendoza había sobornado; y que en esto había tenido también parte el confidente de Cosme de Médici, Juan Franc. Lottino, hombre de mala reputación. Vide Maffei en la Rassegna per la storia di Volterra I (1898), 90 s. y Bruzzone en La Stampa, 1900, n. 51.

Salviati (1), en favor del cual se declararon desde entonces, además del partido francés, su antiguo amigo Gonzaga y el cardenal Róvere, éste accediendo a los deseos de su hermano el duque de Urbino. Pero lo que despertaba todavía mayor expectación y vino a ser pronto conversación general en la ciudad, era que hasta el hermano de Alejandro Farnese, Ranuccio, y su primo Sforza estaban dispuestos a dar sus votos a Salviati.

Los más miraban como fundamento de esta mudanza respetos políticos de familia. De los cuatro hermanos Farneses, el duque Octavio era yerno del emperador y esperaba de éste la posesión de Parma. Horacio Farnese, por el contrario, esperaba ser yerno del rey de Francia y pertenecía al partido francés. De los dos cardenales, Alejandro se inclinaba más a Octavio, y Ranuccio, al contrario, a Horacio. Temiendo Ranuccio que Octavio, aconsejado por Alejandro, y con auxilio del emperador, arrebataría a Horacio el ducado de Castro, se inclinaba al partido francés, con tanto mayor motivo, cuanto no quería, por amistad al emperador, dificultar los planes de su hermano de casarse con una princesa de Francia (2). El cardenal Sforza, por su parte, no veía con malos ojos que Salviati fuera Papa, porque su cuñada era sobrina de Salviati.

El haberse pasado los dos nepotes a Salviati, hizo subir extraordinariamente las probabilidades de éste. Durante todo el día 2 de febrero, en que no hubo votación, se desarrolló en torno de Ranuccio y Sforza una verdadera puja, procurando unos atraérselos y otros no perderlos; y hacia la velada los imperiales, después de muchas vicisitudes, habían logrado que, por lo menos en los dos días siguientes, no darían el voto a Salviati. La noche, que para muchos fué de insomnio, puso finalmente término a las intrigas. No obstante, hasta la tarde del día siguiente no se realizó la decidida reconciliación de los tres Farneses; después de la cual los franceses abandonaron la candidatura de Salviati.

(1) El embajador imperial Mendoza defendió, por lo menos en apariencia, la candidatura de Salviati (vide Muzio, *Lettere* 131); Cosme de Médici se declaró con todo resueltamente contrario a ella; el duque no quería en general ningún florentino. Vide Ranke, *Estudios históricobiográficos*, Leipzig, 1877, 416 s.

(2) Ya desde mediados de diciembre, tanto Francia como el emperador procuraban ejercer presión sobre Farnese por medio del asunto de Parma. Druffel, I, 330, 332 s. 343. Ribier, II, 261.

Este incidente fué de la mayor importancia para la terminación del conclave. Farnese había conocido por experiencia que la disciplina de partido hasta entonces tan firme, podía romperse de repente y que toda ulterior dilación era peligrosa. Guisa, después del fracaso de Salviati, hubo de renunciar a la esperanza de sacar un candidato resueltamente inclinado a Francia. No quedaba, pues, otra cosa sino proponer un candidato neutral, y así desde entonces se volvió a aquel en quien los más prudentes hacía mucho tiempo que habían puesto los ojos (1), Juan María del Monte, en cuyo favor trabajaba ya desde principio de enero el influyente duque de Florencia (2). Además era él el único de los cuatro cardenales obispos, cuya candidatura no se había mostrado ser imposible.

El cardenal Sforza fué el primero que en el conclave llamó la atención hacia del Monte a principios de febrero, y su recomendación tuvo eco (3). Aun sin esto, el cansancio y el fastidio que se habían apoderado de los electores, la muerte de Ridolfi, la enfermedad de otros distinguidos cardenales, y en general la mala salud que reinaba en el conclave, hacían que todos desearan ansiosamente una solución pronta (4).

A la verdad, tampoco a del Monte le faltaban adversarios. Carlos V le había excluido de la tiara junto con de Cupis; pero Mendoza se tuvo por autorizado para no mostrar el documento respectivo, y la conducta del embajador fué luego abonada por su soberano (5). En el conclave, Guisa, que todo lo resolvía, era manifiesto adversario de del Monte; públicamente decía de él las peores cosas y le calificaba de indigno del papado (6). Pero del Monte halló en el cardenal Este un inesperado favorecedor. El mismo Este era pretendiente a la tiara, y mientras se hallaba bajo el influjo de su primo Hércules Gonzaga, era también adversario de del Monte; pero ahora su candidatura fué bruscamente

(1) Véase la página 45.

(2) Petrucelli, II, 51 ss.; cf. *Giorn. stor. della lett. Ital.*, XLIII, 241.

(3) Maffei, en Merkle, II, 132.

(4) Algunos conclavistas, que salieron del conclave, estaban enfermos de diversas dolencias y medio muertos. El aire estaba allí tan corrompido, que el mejor médico de Roma a su entrada en el conclave advirtió el peligro inminente de que sobreviniese la peste. Carta de Dandolo, de 22 de enero de 1550, publicada por Brown, V, n. 630.

(5) Maurenbrecher, 229, nota 9; 225, nota 20.

(6) Maffei, en Merkle, II, 59; Ribier, II, 268.

rechazada por Carlos V, y el modo inconsiderado como Gonzaga comunicó la resolución imperial, había producido un disgusto entre ambos cardenales. Precisamente en esta situación visitó del Monte al cardenal de Este y le pidió su mediación con el de Guisa. El de Este la prometió, y sobre todo en esta visita recibió una impresión tan favorable del cardenal del Monte, que desde entonces abogó fervorosamente por su candidatura (1).

Lo que el cardenal de Este había comenzado a obtener de Guisa, lo acabó Sforza. En una casual entrevista con él, el cardenal francés expresó vivamente su disgusto por las circunstancias del conclave y la terquedad de los partidos. Sforza le contestó, que estaba en su mano poner fin a aquel estado de cosas, separándose de Salviati. Los franceses habían ya hasta entonces demostrado suficientemente lo que podían, pero la exageración de sus pretensiones podía hacer que volvieran a perderlo todo.

Aburrido de tantos inútiles escrutinios, adhirió Guisa a estas ideas y propuso la elección de Cervini. Pero Sforza no accedió a esta candidatura. Como por casualidad habló entonces Guisa de del Monte, y Sforza asintió en seguida, pero le rogó que ante todo se pusiera de acuerdo con Farnese, sin el cual nada podría obtenerse (2).

El 6 de febrero, después de la comida, paseaba Guisa por un corredor del conclave con Ranuccio Farnese y Sforza en amigable conversación, cuando se les agregó Alejandro Farnese. A poco rato se alejaron Ranuccio y Sforza, y los adalides de ambos partidos pudieron comunicarse libremente sus pensamientos. Con una rapidez fuera de toda expectación se pusieron de acuerdo sobre la elevación de del Monte (3).

Según parece, al principio habían fijado la elección para el 8 de febrero; pero ya por la mañana del 7 se había esparcido por el conclave un rumor indeciso sobre la candidatura de del Monte. Después del mediodía, cuando los cardenales, como de

(1) Maffei, en Merkle, II, 136.

(2) Maffei, en Merkle, II, 136.

(3) Vide Gualterio, en Merkle, II, 139, nota 2. Massarelli había tenido que salir del conclave, probablemente el 5 de febrero, junto con los conclavistas superfluos. Su relación sobre los acontecimientos que siguen, procede de Pedro Pablo Gualterio de Brevibus (v. Merkle, II, Proleg. xli s.). Sobre la actitud de A. Farnese, vide también su carta a Próspero Santa Croce, publicada por Cugnoni, Prose ined. di A. Caro, 145.

costumbre, conferenciaban en la Capilla Paulina, formó dicha candidatura el asunto principal de las conversaciones y no encontró sino poca contradicción. Al oscurecer, los cardenales se retiraron a sus habitaciones, pero no por eso cesaron las negociaciones sobre del Monte.

Los tres nepotes de Paulo III se juntaron en la celda de Maffei con Crescenzi, Médici, Cornaro y Savelli; todos instaban a que se acelerase la elección y contaban los votos de que se disponía. Guisa tenía ofrecidos veintiuno. Con los de de Silva, Gaddi y los de los ocho reunidos en la celda de Maffei se llegaba cerca de la mayoría de los dos tercios, que era de treinta y un votos por cuarenta y siete electores (1). En todo caso era dictamen de prudencia buscar otros sufragios, sobre todo porque los españoles no deseaban la elección de del Monte, y ya Pacheco y Mendoza habían estado con Toledo para deliberar sobre el modo de contrarrestar su acción.

A ellos se dirigió el cardenal Maffei, enviado por los partidarios de Farnese, y a poco le siguieron Farnese y después de Silva; y sus esfuerzos unidos lograron ganar a Toledo y Mendoza. Pacheco, no obstante, perseveraba en una vehemente oposición, y pedía que por lo menos se difiriese el negocio lo necesario para que pudiera hablar con Madruzzo y Gonzaga. La principal dificultad consistía para los españoles en que el emperador había excluido a del Monte. Pero contra esto alegó Farnese con buen éxito el escrito imperial que él conocía, en el cual no se oponía ninguna objeción contra del Monte.

El cardenal Médici fué enviado a Gonzaga y Maffei a Pole, quien precisamente entonces se hallaba conversando con Truchsess. Pole y Truchsess prometieron su acceso para el caso de que del Monte hubiera obtenido el número competente de votos. Gonzaga se mostró favorable, y cuando Médici le dejó, se levantó y se dirigió a la celda de Madruzzo, donde encontró a Pacheco y Cueva.

Los franceses, que entre tanto también por su parte habían trabajado en favor de del Monte, enviaron a Sermoneta y Capodiferro a los cardenales reunidos en la celda de Maffei, y propusieron que desde luego elevaran al pontificado a del Monte por la general adoración. Farnese asintió, diciendo que se juntaran los

(1) Así según Massarelli, 141. Con toda exactitud la mayoría de las dos terceras partes asciende a treinta y dos.

franceses en la Capilla Paulina y que él y los demás irían allá.

Al dirigirse a la capilla entró Farnese en la celda de Madruzzo y halló todavía en ella a Gonzaga, Pacheco y Cueva; pero su intento de moverlos a adherirse resultó vano. Fuera de los cuatro nombrados, del mismo del Monte y del enfermo Carpi, el cual asintió a la elección de del Monte, todos los restantes en número de cuarenta y uno se reunieron en la Capilla Paulina; y como unánimemente y en voz alta pidieran por Papa a del Monte, tomaron por la mano Guisa y Farnese, fueron apresuradamente a buscar a del Monte y lo condujeron a la capilla, donde fué por todos abrazado y besado. Unos le saludaban en voz alta, otros con voz moderada, en términos que por el mucho ruido ninguno entendía sus propias palabras. Entonces el decano impuso la quietud: había que evitar cualquier procedimiento tumultuoso, y así debían proceder a la adoración con orden.

Ya entonces se colocó el trono pontificio delante del altar, y el cardenal del Monte se sentó en él. Los cardenales ocuparon sus lugares acostumbrados. Luego leyó el maestro de ceremonias los nombres de todos los presentes, los cuales eligieron Papa a del Monte por unanimidad, y para manifestarlo se llegaron a él y le hicieron la reverencia acostumbrada al Papa. Después de esto declaró del Monte que admitía la elección, y que se redactara un acta de ella. Hizo notar que cualquiera posterior escrutinio no podría perjudicar a la elección ya terminada. Entre tanto había llegado la noche y del Monte, acompañado por de Cupis y Salviati, regresó a su celda. A la pregunta de Cupis sobre qué nombre quería tomar, respondió que por gratitud a Julio II, que había sido el primero en ilustrar su familia, creando cardenal a Antonio del Monte, se quería llamar Julio III (1). Por fin entraron también en la celda de del Monte los cardenales Madruzzo, Gonzaga, Pacheco y Cueva y le prestaron su homenaje como a Papa.

Entre tanto se había conocido también fuera del conclave el gran acontecimiento, y ya entonces se abrieron en el conclave algunas paredes, puertas y ventanas. Los nobles, prelados y familiares del nuevo Papa se precipitaron dentro, y no se dejaron arredrar por ningún mandato ni amenaza. Apenas se podía pensar en tomar la cena y el descanso en el conclave.

Al siguiente día, 8 de febrero, por la mañana muy temprano

(1) Su divisa fué: Vias tuas, Domine, demonstra mihi. Ciaconius III, 746.

se celebró, para guardar la forma, el último escrutinio. La papeleta de del Monte llevaba el nombre de Toledo, y todas las demás el de del Monte. Los cardenales le prestaron obediencia. Luego se anunció la nueva elección al pueblo, y el nuevo Papa fué llevado a la iglesia de San Pedro, donde todos le besaron el pie (1).

La elevación de del Monte llegó tan inesperadamente, que el mismo día en que se hizo, una carta fechada en Roma aseguraba que nadie pensaba aún en la elección ni hablaba de ella (2).

El éxito del conclave sorprendió a todos, así a los diplomáticos extranjeros (3) como a los romanos. Por lo demás, los moradores de la Ciudad Eterna se alegraban más de tener por fin un Papa, que del hecho de que la mayoría de los votos hubiera recaído sobre del Monte. Con todo, Endimión Calandra juzgaba ya el 8 de febrero que, según lo que él sabía del nuevo Papa, abrigaba la creencia de que su reinado sería bueno (4). En realidad la voz común era favorable a Julio III (5), por más que no faltaran voces de quienes juzgaban lo contrario (6).

El emperador y el rey de Francia, cuyos conatos para proporcionar la tiara a un decidido partidario suyo habían fracasado, no podían estar contentos del resultado del conclave. No obstante, Cosme de Médici, a quien en Roma se atribuía en primera línea la elevación de del Monte (7), trató de apaciguar a Car-

(1) Massarelli, 143 s. Cf. la relación de J. v. Meggen, publicada en el Archivo para la Historia de la Reforma en Suiza, III, 507.

(2) V. la *carta de E. Calandra de 7 de febrero de 1550, citada en la página 57, nota 2. El 8 escribe el mismo: *Questa notte passata quando manco se vi pensava, o hier sera s'è fatto il Papa. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Vide Dandolo, 347.

(4) Vide la *carta en el apéndice, n.º 1. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Así *escriben los enviados boloñeses Jorge Magio y Lud. de' Rossi, el 8 de febrero de 1550, que reinaba en Roma gozo general por el «ottimo principe dal valor et integrità del quale si spera ogni bene (*Archivo público de Bolonia*). Vide también Michelangelo, Lettere, ed. Milanese 527 (con fecha equivocada; cf. Thode I, 450 s.).

(6) Muzio, Lettere 152, quien con todo juzga asimismo muy pronto de un modo más favorable (156 s.). Brosch (I, 191) da gran importancia al primer juicio, pero omite enteramente el posterior.

(7) *Il grido di questa corte è ch'il duca nostro sa fare Papi et non si potria dire facilmente il gran nome c'ha acquistato doppo la promotione di S. S. predicando ciascuno S. E. da infinitissime ottime parti che si trovano in lei. Carta de B. Buonanni, fechada en Roma a 22 de febrero de 1550. *Archivo público de Florencia*.

los V (1). El cardenal Farnese excusó el éxito de la elección con el emperador y con el rey de Francia (2), y asimismo el cardenal Guisa se esforzó por hacerlo agradable a su soberano (3).

En el colegio cardenalicio reinaba generalmente el contento, en particular porque Julio III ya en los primeros días de su pontificado se mostró muy liberal en otorgar gracias (4). Quienes tenían menos fundamento para alegrarse, eran los del partido de la reforma, los cuales no habían podido hacer triunfar ninguno de sus candidatos, no por falta de celo, sino por efecto de la intromisión de los príncipes. Con todo, los hombres que pertenecían a la tendencia estrictamente eclesiástica, no desesperaron, pues sabían desde el concilio de Trento (5) que el nuevo Papa, aunque no fuera uno de los suyos, tenía, no obstante, tanta inteligencia del estado actual de la Iglesia, que se podía confiar que fomentaría sus conatos de reforma.

(1) Petrucelli, II, 62. Cosme informó también a Enrique II; vide Palandri, 66.

(2) Cf. Cugnoni, Prose ined. di A. Caro, 131 ss., 144 ss.

(3) Vide Druffel, I, 350-358.

(4) *In somma si vede una comune contentezza in tutti li cardinali, così dell'una come dell'altra fattione, e S. S. mostra una eguale buona volontà verso tutti, essendo con ciascuno larghissimo di gratie... Carta de A. Serristori, fechada en Roma el 12 de febrero de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(5) Cf. Ehses, Conc. Trid., V, 780, n. 314.

I. Precedentes, carácter y comienzos del reinado de Julio III

La familia Ciochi del Monte (1) tomaba su apellido de su primitiva residencia Monte San Savino, pequeña ciudad del distrito de Arezzo, situada hermosamente en una colina, en el valle encantador de Chiana, no lejos de Lucignano, y conocida como lugar natal del célebre escultor Andrés Sansovino. Ya el abuelo de Julio III, Fabiano, había sido allí un abogado distinguido (2), y en la iglesia principal del lugar se ve todavía el hermoso monumento que su hijo Antonio, después cardenal, erigió a su querido padre, fallecido en 1498. Un segundo hijo de Fabiano, Vicente, se había dedicado al estudio de la jurisprudencia, y fué abogado consistorial en Roma y uno de los jurisconsultos más estimados. De su matrimonio con Cristófora Saracini de Sena, nacieron dos hijas, Luisa y Jacoba (que se casaron, la primera con Roberto de Nóbili y la segunda con Francia della Corgna), y tres hijos, Juan María, Balduino y Constancio.

(1) Vide R. Restorelli, *Notizie delle famiglie di Monte, Borgognonio, Guidalotti e Simoncelli (obra compuesta en 1771), en el *Archivo municipal de Monte San Savino*. Cf. Tesoroni, 32 s. y Litta, f. 16.

(2) Para lo que sigue cf. O. Panvinus, De Julii III vita ante pontificatum, en Merkle, II, 146 s.; Dandolo, 353 ss.; Litta, f. 16, donde se halla una copia del sepulcro que está en Monte San Savino. Sobre las armas de Julio III (de las cuales hay un magnífico ejemplar en Todi; Alinari 5225) vide Pasini Frassoni, 36 s., y Orlandini en la Riv. del collegio araldico V, Roma, 1907. El gran escudo de Julio III, que está en el patio del Palazzo Pubblico de Viterbo, con la inscripción, «Julio III P. M. c[ivitas] Viterb. erexit provinciam patrimonii gubernante Rodulpho Pio card. de Carpo legato 1552», se hallaba en la Porta di S. Luca, derribada en 1705, la cual fué embellecida en tiempo de Julio III (vide Reformat. XLVII, 118, del *Archivo de la ciudad de Viterbo*). En lugar de la Porta di S. Luca fué construída la actual Porta Fiorentina.